

Bárbara que está colgado allá. Dios sabe que no le guardo mala memoria, á pesar de haber hablado de esos siete días.

Cuando le hubo colocado en el sillón, Johann levó la voz:

—¡Que se acerque ese joven!—ordenó, Falcone hizo acercar á Julián.

Johann fijó en él su mirada fría y cruel

—Manuel no vendrá—profirió con voz estridente;—Manuel ha muerto.

Julián lanzó un grito.

—¡Muerto!—repitió—¡Manuel... padre mío!

—Se le parece mucho—refunfuó por tercera vez Johann,—sus mismos ojos... y su boca tomó esa misma expresión cuando le dijeron: «—¡Te han robado tus hijos!»

Julián no oía.

En el momento en que iba á hablar, Johann le cerró la boca con un ademán seco y brusco.

—Callad—le dijo,—más tarde conversaremos... Tenéis tiempo... Ya no hallaréis á vuestra hermana en casa... ¡la han robado!

Julián dió un salto hacia la puerta

—No os vayáis—añadió Johann imperiosamente,—en este mundo sólo tenéis un amigo y un protector que soy yo.

—¡Hermana mía! ¡Hermana mía!—sollozaba Julián retorciéndose las manos.

—Abre la puerta del gabinete—ordenó Johann al doctor.

Este obedeció.

—¡Entrad ahí, joven!—prosiguió Spurzeim señalándole la puerta—y mirad atentamente lo que pasará por aquí... Escuchad bien... que no toméis una palabra por un suspiro. Vais á saber vuestra historia... Vuestra historia es terrible... Cuando salgáis de aquí, saldréis hecho un hombre... Entonces

os daré el arma que debe vengar lágrimas y sangre... ¡Marchaos!

Julián estaba como ebrio. Así se dejó conducir al gabinete vecino, del cual Pedro Falcone corrió las cortinas.

Johann dijo:

—Haced entrar inmediatamente á la condesa.

Un instante después, María de los Amalfi, vestida de luto y cubierta con un velo, entraba en la habitación de Bárbara. Pedro Falcone había quedado afuera; Julián, oculto tras la cortina, pugna por contener sus sollozos.

XII

La defensa de Johann Spurzeim

Con las cortinas corridas la habitación estaba tan oscura que María de los Amalfi no vió, al principio, sino una masa confusa é inmóvil en el gran sillón que había delante de la mesa.

Julián, al contrario, colocado en un lugar aun más oscuro, y cuyos ojos se habituaban por otra parte á esta media luz, pudo distinguir el aire noble y dulce semblante de la desconocida, que al entrar levantó su velo.

A pesar de la desesperación profunda en que le sumían las noticias que acababa de saber, sintió nacer en su alma un interés poderoso que le sorprendía. Nunca había visto á aquella mujer, y, sin embargo, aguardaba con ansiedad el sonido de su voz, como si hubiese esperado conocerla.

Pero este primer impulso desapareció muy pronto. La muerte de Manuel, el pobre anciano que le había educado, y el robo de su hermana, de su querida hermana, su única compañera, y que cons-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

títufan los dos su sola familia, le ocuparon en seguida.

Si las palabras de aquel hombre, que parecía ser allí el amo, no le hubiesen dado una vaga esperanza, nada le hubiera contenido en aquel lugar.

María de los Amalfi dijo en voz baja, luego que hubo traspuesto el umbral de la puerta:

—¿Estoy aquí delante de S. M.?

Esta pregunta nos dispensa de explicar al lector de qué estratagema echó mano Pedro Falcone para llevar la condesa á casa del jefe de policía.

María no conocía Nápoles, y la vista de los lugares no podía desengañarla.

Creíase en la quinta Floridiana, en casa de los príncipes de Salerno, donde debía ir aquel día el rey.

Pero acaeció un caso bastante extraño.

Julián, pobre niño que llegaba del fondo de Sicilia, no conocía á S. M.

A las palabras de la condesa experimentó una turbación que alejó momentáneamente los sufrimientos de su alma.

Aquel extraño personaje que le había hablado con tanta sequedad, al propio tiempo que se declaraba su único protector en la tierra, ¿sería el rey?

¿Sería el rey el que le había anunciado con tanta frialdad dos crímenes á la vez?

Para oír la contestación de aquel espectro llamado Fernando de Borbón, aplicó el oído con avidez.

La contestación no tuvo lugar.

Al pretendido rey le convenía seguramente desempeñar este papel.

En medio de esta embrollada madeja de intrigas, en que este diabólico personaje hallaba toda

su complacencia, representábase una acción importante y decisiva. Johann cuidaba de ponerla en escena.

Faltar aquí á su efecto, era arriesgar toda la partida.

Y aquel moribundo temible y grotesco jugaba una gran partida.

Jugaba la misma partida que Fulvio Coriolani, con la ventaja de no tener escrúpulos.

—Dignaos acercaros, condesa de Monteleone— dijo después de un largo silencio.

Julián se estremeció violentamente en su escondrijo.

¿Era su destino hallarse mezclado en aquella trágica historia cuyo prólogo le había impresionado tanto en otro tiempo?

Aquella mujer era, pues, María de los Amalfi, la madre desdichada á quien había vuelto loca la pérdida de sus hijos.

Julián la miró más detenidamente, y hallóla más bella, más noble. Hubiese querido arrodillarse delante de ella y darle su fe con su corazón, como hacían en otro tiempo los caballeros al consolar el duelo de las viudas desposeídas.

María de los Amalfi, obedeciendo á la orden de Johann, adelantó algunos pasos.

—Si sois el rey,—murmuró ella,—suplico á V. M. que me escuche y me haga justicia. He hallado el hijo querido de Mario Monteleone.

—Mientes—interrumpió rudamente Johann.

La condesa se irguió retrocediendo un paso.

Julián hubiese querido besar la orla de su vestido.

Johann replicó con acento más dulce:

—Señora, os ruego que me dispenséis; cuando sepáis con quién habláis, comprenderéis por qué no tengo tiempo de elegir mis expresiones. No os halláis en la quinta Floridiana, ni yo soy el rey,

—¿Habríase abusado de mi ignorancia?—exclamó María de los Amalfi.—¿Se me quiere impedir ver á S. M.?

Julián hizo un movimiento como para salir, pero le detuvieron las siguientes palabras de Johann:

—Se ha aprovechado de vuestra ignorancia para salvaros, señora. Muy necesario es, en efecto, que veáis al rey... que le habléis, que le pidáis justicia... pero antes es indispensable que sepáis el nombre del asesino de Mario Monteleone, á fin de no cometer el sacrilegio de dar el nombre de hijo al que ha hecho de vos una madre sin hijos y una mujer viuda.

María, pálida y trémula, vióse obligada á apoyarse en la mesa para no caer.

Comprendía ó más bien adivinaba lo que se le quería decir, pero no se resignaba á creerlo.

Era una acusación contra Fulvio á quien defendía su corazón.

Julián no comprendía nada de esto.

—¿Sois vos quien me ha escrito una carta?—murmuró la condesa.

—Yo soy, señora.

Johann conoció que este era el momento solemne. Su corazón se encogió en su vacío pecho para recoger todo su valor y decir:

—Yo no puedo ir hacia vos... acercaos y miradme.

La condesa obedeció con presteza, porque la curiosidad la impelía.

Acercóse á Johann, quien adelantó su semblante hacia la pálida luz que filtraba al través del tejido de las cortinas.

La condesa experimentó una impresión de espanto á la vista de aquellas facciones horriblemente demacradas.

—No—dijo ella,—no os conozco.

—¡Ah!—exclamó Johann con un suspiro que esta

vez salía verdaderamente del fondo de su alma—¿tan demudado estoy?

El pesar que experimentaba por ello, era asaz fuerte para hacerle olvidar su angustia.

Pero pensó:

«—Muchas personas que tenían buen aspecto han sucumbido antes que yo.»

—Miradme bien—repitió,—un moribundo no puede parecerse á un hombre de buena salud... La carta que habéis recibido es de un pariente y amigo... ¿Tantos amigos y parientes os quedan aún, condesa de Monteleone?

—Me parece...—murmuró María de los Amalfi.

—¿Habéis olvidado á vuestro primo David Heimer, el mejor servidor del difunto conde?—profirió Johann bajando la voz á pesar suyo.

María tembló de pies á cabeza.

Johann se sintió bañado en un sudor frío.

¿Iba á recordar María lo pasado?

Ella pasó la mano por su frente dos ó tres veces.

Dijérase, al ver el horror que apareció un instante en su rostro, que su memoria hacía un esfuerzo para renacer. Pero la ciencia no miente; la memoria de la locura no renace en el juicio.

Johann estaba salvado. El recuerdo de la noche del 15 de Octubre de 1815, permanecía en las regiones del olvido.

La condesa dijo:

—Me acuerdo de David Heimer, el compañero y amigo de Mario Monteleone... ¿Sois vos David Heimer?

En lugar de responder, éste le tendió la mano que ella tomó; pero su contacto le causó un ligero estremecimiento.

Julián buscaba laboriosamente en su memoria el nombre de David Heimer. Estaba seguro de haberlo oído pronunciar á su padre Manuel.

—Muchos años han transcurrido, mi noble prima y señora—dijo Johann con acento respetuoso y tierno á la vez,—desde el tiempo en que me complacía en vuestra felicidad... El cielo ha descargado sus iras más de una vez sobre la familia de Monteleone... Pero el Dios clemente, el buen Dios, no ha permitido que yo abandonase esta tierra sin dar una última prueba de mi afecto á la estimable compañera de mi bienhechor... Sentaos cerca, condesa... Espero que mi voluntad será superior á mis débiles fuerzas. Mis postreras palabras se dirigirán á vos, y el último acto de mi vida será el mejor y más glorioso, pues habré salvado la posteridad de Mario, mi pariente y señor.

María de los Amalfi tomó la silla que estaba delante de Johann.

Tras la cortina, Julián redoblaba su atención.

—Ya veis que mis horas son contadas, señora—continuó Johann cuya voz pareció más débil,—Dios quiera que mis palabras tengan para vos la autoridad de un moribundo... Voy á cumplir el único voto que me resta dar cima en este mundo.

Vuestro primogénito murió asesinado por el hombre que mató á vuestro esposo.

La condesa lanzó un sordo gemido.

—Existen monstruos precoces—repuso Johann;—el asesino de Mario Monteleone apenas tenía dieciséis años, señora; voy á recordaros hechos que vuestra enfermedad cruel ha borrado tal vez de vuestra memoria. Es indispensable... un deber imperioso me lo exige.

El exceso de una perversidad tal, quizá os irrite. Tanto mejor, así os libraréis de la fascinación peculiar al sér más peligroso que haya existido jamás...

—El príncipe Coriolani—dijo María débilmen-

te,—es mi bienhechor. Por su medio he recobrado la razón.

—Mis fuerzas se extinguen, señora—interrumpió Johann;—no vengó á discutir, sino á narrar... Grandes peligros os amenazan; pero si puedo libraros de ellos, iré gustoso á reunirme á aquél que fué mi protector y mi más sincero amigo.

—Señora—continuó tomando el tono grave y solemne de un hombre que va á empezar una narración importante,—de los tres hijos que habéis perdido, dos volverán á gozar vuestras caricias si el Todopoderoso nos ayuda... El santo Mario, como llamábamos todos á nuestro excelente y amado maestro, vivía en la soledad y el dolor... Lloraba á la vez sus hijos, su esposa y su patria: sus hijos robados, su esposa mártir y privada de razón, su patria de la cual le había arrojado el soldado aventurero que gobernaba entonces el reino de Nápoles. Mario se hallaba en Sicilia al lado del muy augusto Fernando de Borbón, su amigo y señor... ¿No conserváis ningún recuerdo de ese tiempo?

—Ninguno—respondió María.

Su voz revelaba la ansiedad, la angustia que se apodera de las personas cuya inteligencia ha estado perturbada, cuando tratan de levantar el pasado velo que cubre lo pasado.

Johann pensó:

¡Ya es mía!... Me creen muerto... y levanto montañas.

—¡Ninguno!—repitió con acento apresurado—así debía esperarlo... pero la fuerza de la verdad es tal, que no tengo necesidad de vuestros recuerdos. Una noche, señora, era el 13 de Octubre de 1815...

Aquí hizo una pausa, y su mirada penetrante se fijó en el rostro de la condesa.

Su fisonomía estaba tranquila.

La última inquietud de Johann se desvaneció.

—La noche del 13 de Octubre de 1815—prosiguió,—los amigos de Mario estábamos reunidos en Martorello para festejar la vuelta de nuestro maestro. La restauración de Fernando de Borbón le había abierto las puertas de su casa. De repente, en medio del convite nocturno, dijeron á Monteleone que un extranjero quería hablarle.

Este extranjero era Joaquín Murat. El ex rey de Nápoles venía á pedirle asilo contra las tropas de Borbón que le perseguían...

Mario Monteleone era todo un caballero; demasiado lo sabéis, señora...

—¡Oh! sí—murmuró la condesa con lágrimas en los ojos,—Mario Monteleone era todo un caballero... y no dudo que concedió un asilo á su enemigo...

—En efecto, así fué... condesa. Aparentemente pudo hacerlo sin peligro... porque los que estábamos allí, éramos sus amigos y servidores; pero en la mesa había además tres forasteros.

Voy á nombrarlos, señora, para que podáis repetir su nombre á vuestro hijo.

El hijo debe vengar al padre. Tal es en Italia la ley de nuestro amor y nuestro odio. Los tres forasteros eran:

El conde Giacomo Doria.

Loredano Doria, su hijo.

Y el que vos llamáis vuestro bienhechor

—¡El príncipe Coriolani!—exclamó la condesa.

—En aquel tiempo, señora—dijo Johann Spurzeim con frialdad,—no sé que se hubiese inventado el nombre de Coriolani. En todo caso, nuestro hombre no era príncipe. Se sentaba humildemente en un extremo de la mesa... Era un viajero llamado el caballero de Athol, al cual Monteleone había concedido casualmente hospitalidad.

—¿Y es á él á quien acusáis?—preguntó la condesa.

La pluma es insuficiente para pintar la apasionada altivez con que Julián estaba escuchando.

—Monteleone fué vendido—respondió Johann;—esto es lo cierto... Elegid entre los servidores cuya fidelidad era bien experimentada y los tres forasteros... entre los que lo perdieron todo con su muerte y los que han aumentado su fortuna con ella... porque esos dos condes Doria han heredado á Monteleone, y Athol, hecho príncipe Coriolani, va á casarse con la condesa Angélica que posee la mitad de los bienes de vuestros hijos.

María de los Amalfi inclinó la cabeza en silencio.

Johann prosiguió:

—Pero las pruebas que os daré, señora, no serán meras inducciones... Yo sé que estáis prevenida, así, procederé como Jesucristo con Santo Tomás, os haré tocar la herida con el dedo.

Lo que acaso ignoráis, es que vos misma fuisteis el instrumento terrible y fatal de la perdición de Mario...

La condesa se irguió indignada.

Julián decía en su interior:

—Todo esto está conforme con la narración de nuestro padre Manuel.

Se consideraba tan dichoso de hallar un crimen sobre la conciencia de su rival, que creía de buena fe en su realidad.

—Señora—añadió Johann Spurzeim,—sólo la necesidad me obliga á causaros esta pena, pero lo repito, fuisteis sin querer el arma funesta que descargó el primer golpe... Ideóse un ardid tan odioso, una estratagema tan abominable, que con sólo hablar de ella, corre por mi cuerpo un sudor frío. Vos estabais loca, señora, preciso es decirlo. Vuestra locura procedía de la pérdida de vuestros

hijos... Un malvado se introdujo aquella noche en vuestro retiro y os dijo: El traidor que robó vuestros hijos se halla en esta casa y se llama Joaquín. ¡Id, corred!

Y anduvisteis, corristeis desesperada toda la noche por el valle, gritando á cuantos os salían a paso:

«¡Joaquín! ¡Joaquín!»

El campo y las playas estaban llenos de soldados que al veros os siguieron, porque andaban también en busca de Joaquín.

Joaquín era el rey Murat.

Los soldados guiados por vos entraron en Martorello. Murat y su noble defensor, fueron hechos prisioneros juntos.

Todos estábamos en nuestro puesto, señora, pero los dos Doria y el caballero de Athol habían desaparecido...

Johann Spurzheim hizo una pausa.

La condesa tenía las manos en la frente.

—¡Esto es horrible!—murmuró.

Luego añadió como inspirada:

—El hombre culpable de un crimen tal, ¿habría osado presentármese?

Para un observador atento, hubiese sido evidente que Johann contaba con esta objeción, y que aun la aguardaba con cierta impaciencia.

Sus labios se contrajeron para sonreír tristemente.

—La Providencia se vale de extraños medios—le dijo,—yo perseguí á ese hombre durante años enteros y no pude dar con él, porque había cambiado de nombre y de fisonomía; pero vos, señora, me lo habéis hecho encontrar.

—¡Yo!...—repuso la condesa.

—Pronto nos ocuparemos del asesinato de Monteleone—replicó Johann,—ahora sólo trato del odioso crimen de la noche del 13 de Octubre. Yo

buscaba... Hacia el fin del último otoño me llevé á Francia la fama del célebre médico y doctor Daniel Bach; ya veis, señora, que la ciencia ha sido menos poderosa que mi enfermedad, estoy condenado á morir, puesto que no ha podido curarme...

Al nombre del doctor Daniel Bach, la condesa redobló su atención.

—El día que consulté por primera vez á este príncipe de la ciencia—prosiguió Johann Spurzheim,—hallábase en su jardín conferenciando con un extranjero que acababa de llegar de Italia... Se me dejó solo en el jardín.

Caminaba al azar, cuando de repente oí las voces de dos personas que conversaban al otro lado de un seto de olmedillos. Confieso, señora, que estuve escuchando, pero fué porque al pasar oí que pronunciaban el nombre de la noble viuda de mi señor...

—¡Mi nombre!—exclamó la condesa;—entonces ¿el que estaba allí era el príncipe?

—Era el caballero de Athol... y hé aquí lo que pude oír:

«—Esta teoría de las «dos memorias» es una verdad, doctor.

Os ruego, señora—dijo Johann interrumpiéndose,—que si no comprendéis alguna palabra, me la hagáis repetir, porque aquí está la prueba manifiesta y palpable.

Yo ignoraba entonces, como quizá vos lo ignoráis hoy, lo que significaban estas palabras: la «teoría de las dos memorias.»

El doctor Daniel replicó:

«—Es un hecho que aparece perfectamente demostrado por la experiencia.

»—Entonces—repuso Athol,—suponiendo que esta mujer pudiese recobrar la razón, ¿no se acordaría de los hechos contemporáneos á su locura?

»—No.

»—¿Ni de los más sorprendentes?

»—Ni tan siquiera de los más terribles.»

Yo no veía al caballero de Athol, pero le sentía sonreír.

El médico continuaba hablando de buena fe y bajo el verdadero punto de vista de la ciencia:

«—Cuando haya recobrado la razón adquirirá la memoria de los hechos anteriores á su locura.»

El caballero de Athol saludó y se fué.

—¿Habéis entendido, señora?

—¡Oh!—pensaba Julián en su escondrijo cerrando los puños;—¡yo sí lo entiendo!

La condesa enjugó el sudor de su frente.

—¡Es imposible!—murmuró;—Dios no podría permitir tal perversidad.

Johann parecía utilizar bastante bien las noticias que le había suministrado Manuel sobre el doctor Bach.

—Semejante perversidad, señora—continuó,—es en efecto difícil de creer. Sin embargo, débese admitir, porque el príncipe Coriolani, fuerte con la contestación del doctor, se ha presentado ante vos con la cabeza erguida.

Al devolveros la razón, os ha arrebatado el recuerdo.

El pretendido beneficio por el cual le estáis reconocida, era un nuevo ardid...

La prueba está en que ha debido proponeros algún contrato, alguna infamia.

El pecho de la condesa exhaló un gemido.

—El caminaba sobre seguro—replicó Johann;—porque para reconocerle sería necesario que os volviéseis otra vez loca.

—¡Oh!—exclamó María cubriéndose el rostro;—es posible, voy á volverme loca.

Si en aquel instante hubiese mirado á Johann,

habría observado en sus facciones un brusco gesto de espanto.

—Vengamos ahora al asesinato, señora—prosiguió;—aquí como allí ha obrado la casualidad, mejor dicho, la Providencia.

Yo soy jefe de policía del reino, y lo sé todo, aun lo que se dice en el gabinete del rey.

Yo he sabido que había en Nápoles un hombre que tenía la pretensión de pasar por el primogénito del santo Mario Monteleone, y que llevando en público otro nombre, se había comprometido con S. M. y el heredero de la corona á suministrar las pruebas fehacientes de su nacimiento.

«El testamento de su padre,» para emplear sus propias expresiones, «y el testimonio de su madre.»

La condesa temblaba de pies á cabeza

—Veo que me entendéis, señora—dijo Johann.

—No—replicó con voz ahogada;—todavía no entiendo.

—¡Yo, yo lo entiendo!—decía Julián mordiendo su pañuelo ensangrentado para retener el grito que quería salir de su pecho.

—¡Cuidado!—murmuró Johann con severidad;—sois esposa y madre de víctimas... he dicho ya lo suficiente para esclarecer una conciencia sincera.

A Julián le parecía que tenía razón, pero la condesa dijo:

—¡Continuad!

—El rey—replicó Johann,—amaba en otro tiempo á Mario como á su propio hijo, y Mario había sido el compañero más querido de Francisco de Borbón, príncipe real. Estos dos augustos personajes han tomado bajo su protección la causa del impostor... ¿Qué hay en el mundo más fácil de engañar que los grandes? Ellos se han hecho los campeones del pretendido Fulvio Coriolani, saliendo sus garantes con Loredano Doria. Si no «que-

réis» persuádiros, señora, acabad vuestra obra. Fulvio Coriolani posee el testamento de su padre, testamento que ha robado á Mario asesinado... Id á darle el testimonio de su madre.

—¡Tened compasión de mí, señor!—tartamudeó María—¿qué pruebas tenéis de este crimen?

—¡Qué prueba, del robo!—exclamó Johann medio incorporándose;—Monteleone estaba incomunicado en su prisión de Pizzo... un solo hombre penetró hasta donde se hallaba, ese hombre fué su asesino. Uno solo se apoderó osadamente de sus despojos... ¡ese fué su asesino!

María se dejó caer de rodillas.

—El posee el testamento—repuso Johann esforzándose para hablar con vehemencia;—él posee las partidas de bautismo... El lo posee todo... Y en tanto que respire ese monstruo, Mario Monteleone no cesará de pedir venganza desde el fondo de su tumba.

En aquel momento sonaron las tres de la tarde en el magnífico reloj del Renacimiento que había sobre la chimenea de Bárbara Spurzeim.

La cabeza lívida de Johann se enderezó como la de una serpiente.

—¡De pie, señora!—exclamó;—el asesino, cuyo nombre no os he dicho todavía, el bandido Porporato que lleva con tanta audacia un título de príncipe, está en este instante delante de sus jueces!

—¡Porporato!—repitieron al propio tiempo Julián y la condesa.

Johann prosiguió:

—¡De pie, señora!—He aquí el momento en que el asesino de vuestro marido se apodera del nombre y herencia de vuestros hijos... ¡De pie!... ó de lo contrario seáis maldita, viuda sin memoria, madre sin entrañas, maldecida por vuestro esposo, ¡maldecida por vuestra posteridad!

María se levantó; su mirada sin expresión se perdía en el vacío.

—¿Qué es necesario hacer?—tartamudeó.

Johann dió una palmada y Pedro Falcone apareció en el umbral de la puerta.

—Que la condesa de Monteleone—le dijo en alta voz,—sea conducida ahora mismo á la quinta Floridiana!... Si alguien intenta detenerla porque es viuda y sola, decid que el director de policía la ha elegido por esposa, ésta será su égida.

Y volviéndose á María estupefacta le dijo:

—La mano de un moribundo puede aceptarse, señora; es lo único que puedo dar. Mi maestro, que me ve desde el cielo, lee en el fondo de mi corazón.

Pareció que las lágrimas iban á sofocar su voz.

Johann acabó diciendo:

—Déjeme Dios un día más de vida... y mi noble señora y sus hijos se verán libres para siempre de sus crueles enemigos, si ella se digna aceptar por algunas horas el nombre de un servidor fiel...

—Id, Falcone—exclamó interrumpiéndose;—el rey aguarda; la condesa hablará en adelante según su conciencia.

Y le tendió su mano fría y trémula.

María la aceptó y besóla inclinándose brusca-
mente.

Pedro Falcone la condujo hasta el carruaje

Apenas la condesa y su guía habían desaparecido, Julián se lanzó fuera de su escondite.

—¡Ya lo sabía!—exclamó como un demente—¡Bendita la bondad de Dios que coloca hombres como vos, señor, frente á los malvados como Coriolani!

Johann parecía materialmente rendido por el esfuerzo que acababa de hacer.

—En nombre del cielo, señor—exclamó Julián,

—¿es ese el hombre que ha robado á mi hermana?

Johann abrió la boca para pronunciar un sí, pero inmediatamente se detuvo.

Las sendas de Johann eran siempre tortuosas. Y había más de un adversario de quien deshacerse.

—No—replicó á media voz;—¿crees no tener más que un enemigo, joven, tú que eres el primero del reino después de Borbón?

Julián retrocedió sorprendido.

—¡Desconfía de Doria!...—profirió Johann.

—¿Qué habéis dicho?—preguntó Julián sumamente conmovido;—yo... el primero del reino después de Borbón?

—¿Has oído bien?

—Sí, he oído bien.

—Entonces, levántate y vuela adonde tu deber te llama, Julián de Monteleone... Esa mujer vestida de luto de la cual se han servido como de un puñal para matar, es tu madre; el mártir que murió en Pizzo, era tu padre!

Julián extendió los brazos y lanzó un grito.

Luego irguiéndose con energía:

—¡Un arma!—exclamó con los dientes cerrados.

—Ya la tienes—replicó Johann fríamente.

Julián se palpó los costados como un soldado. Johann se echó á reír.

—No se castigan tales crímenes con la espada—le dijo;—es necesario el cadalso. El medio de hacérselo subir á Porporato es probar que Fulvio Coriolani estuvo la noche última en la casa de los Folquieri

—Así lo diré.

—No basta, pruébalo, tú posees un arma...

—¿Qué arma?—exclamó Julián fuera de sí.

—La bolsa bordada de perlas

Julián arrojó un rugido

Tomó la bolsa entre sus manos crispadas, y partió como una saeta.

Johann quedó solo; cerró los ojos y se reclinó cómodamente en el sillón de la pobre Bárbara

—¡El gusano de la tierra ha dado muerte al león!—murmuró en tanto que su demacrado semblante tomaba una expresión de beatitud;—yo seré conde de Monteleone... ¡y les enterraré á todos!

FIN DE LA CUARTA PARTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO